

LA MESA COMPARTIDA

2 de Junio de 2013

Lectura del Evangelio según LUCAS 9,11b-17

Jesús se puso a hablar al gentío del reino de Dios y curó a los que lo necesitaban.

Caía la tarde, y los Doce se le acercaron a decirle:

-Despide a la gente; que vayan a las aldeas y cortijos de alrededor a buscar alojamiento y comida, porque aquí estamos en descampado.

El les contestó:

-Dadles vosotros de comer.

Ellos replicaron:

-No tenemos más que cinco panes y dos peces; a no ser que vayamos a comprar de comer para todo este gentío.

-Decidles que se echen en grupos de unos cincuenta.

Lo hicieron así, y todos se echaron.

Él, tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición sobre ellos, los partió y se los dio a los discípulos para que se los sirvieran a la gente. Comieron todos y se saciaron, y cogieron las sobras: doce cestos.

Pan nuestro

En la oración del Padrenuestro se pide no el pan mío, sino el pan nuestro. El pan no sólo quita el hambre, sino que, además, alimenta humanamente y produce dicha cuando se comparte. El pan sólo alimenta y crea vida humana cuando es un pan solidario. La razón es que ese pan es fruto de la tierra creada por el Padre de todos y del trabajo del hombre, hermano de todos. La comida es un acto comunitario que congrega, expresa y aumenta el amor de la familia y la fraternidad. Los grandes acontecimientos humanos y divinos se celebran en torno a una mesa, a una comida.

Compartir la vida de Jesús

Celebrar la Eucaristía es compartir el mismo estilo de vida que llevó Jesús, su causa y su misión, que consiste en hacer de la creación un hogar y colocar la mesa compartida en medio del mundo, en el corazón de la historia, en las realidades económicas, sociales, políticas, culturales, en el trabajo, a fin de que estas mismas realidades, sin dejar de ser ellas mismas, se conviertan en símbolos de justicia y del amor entrañable de Dios a favor de sus hijos.



El maestro Eckart decía. «Quien no da al otro lo que es del otro, no come su propio pan, sino el suyo y el del otro». San Ambrosio se sitúa en la misma línea: «No es parte de tus bienes lo que tú das al otro; lo que le das al pobre le pertenece, porque lo que ha sido creado, para uso de todos tú te lo apropias».

El centro del relato es Jesús, pero también ocupan un lugar muy importante los discípulos. Ahora son enviados por Jesús a colaborar con Él en la tarea de partir el pan, alimentar al pueblo hambriento. Ahora bien, el pasaje de la distribución del pan no se puede reducir a un mero recuerdo del pasado sin relación al presente. La gente continúa teniendo hambre, y Jesús sigue presentándose como el Pan que sacia.

LA SOPA DE PIEDRA

Cierta día, llegó a un pueblo un hombre y pidió por las casas para comer, pero la gente le decía que no tenían nada para darle. Al ver que no conseguía su objetivo, cambió de estrategia. Llamó a la casa de una mujer para que le diese algo de comer.

—Buenas tardes, Señora. ¿Me da algo para comer, por favor?

—Lo siento, pero en este momento no tengo nada en casa —dijo ella—.

—No se preocupe —dijo amablemente el extraño—, tengo una piedra en mi mochila con la que dría hacer una sopa. Si Ud. me permitiera ponerla en una olla d agua hirviendo, yo haría la mejor sopa del mundo.

—¿Con una piedra va a hacer Ud. una sopa? ¡Me está tomando el pelo!

—En absoluto, Señora, se lo prometo. Deme un puchero muy grande, por favor, y se lo demostraré.

La mujer buscó la olla más grande y la colocó en mitad de la plaza. El extraño preparó el fuego y colocaron la olla con agua. Cuando el agua empezó a hervir ya estaba todo el vecindario en torno a aquel extraño que, tras dejar caer la piedra en el agua, probó una cucharada exclamando:

—¡Deliciosa! Lo único que necesita son unas patatas.

Una mujer se ofreció de inmediato para traerlas de su casa. El hombre probó de nuevo la sopa, que ya sabía mucho mejor, pero echó en falta un poco de carne.

Otra mujer voluntaria corrió a su casa a buscarla. Y con el mismo entusiasmo y curiosidad se repitió la escena al pedir unas verduras y sal. Por fin pidió:

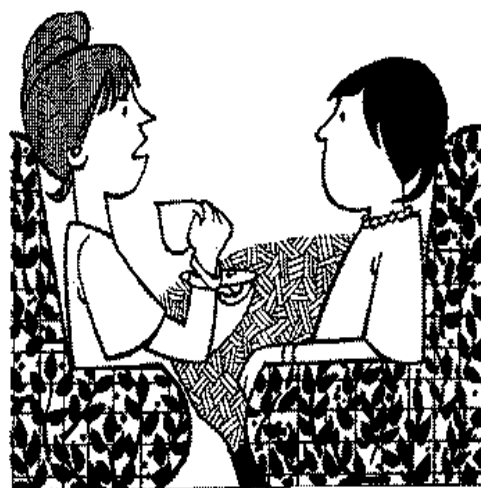
—¡Platos para todo el mundo!

La gente fue a sus casas a buscarlos y hasta trajeron pan y frutas. Luego se sentaron todos a disfrutar de la espléndida comida, sintiéndose extrañamente felices de compartir, por primera vez, su comida.

Y aquel hombre extraño desapareció dejándoles la milagrosa piedra, que podrían usar siempre que quisieran hacer la más deliciosa sopa del mundo.

Señor:

En los pobres y marginados de siempre,
en los emigrantes y parados sin horizonte,
en los drogadictos y alcohólicos sin presente,
en las familias desahuciadas
en las mujeres maltratadas,
en los ancianos abandonados,
en los jóvenes sin futuro y sin esperanza,
en los niños indefensos,
en la gente estrellada,
en todos los heridos
y abandonados al borde del camino
queremos buscarte, encontrarte, verte,
descubrirte, acogerte, abrazarte.



- PUES YO PARA
LOS POBRES Y
LOS NECESITADOS
DOY LO QUE HA-
GA FALTA ; PERO
PARA LOS OPRIMI-
DOS ESOS, NI UN
DURO...

Para reflexionar

¿Qué situaciones de sufrimiento conoces en tu entorno? ¿Cuáles son las causas? ¿Qué ayudas reciben? ¿Participas tú en esas ayudas?